



EX LIBRIS

Drucaroff, Elsa

Conspiración contra Güemes : una novela de bandidos, patriotas,
traidores . - 2ª ed. 1ª reimp. - Buenos Aires : Marea, 2015.
352 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-987-1307-71-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.
CDD A863

Edición: Constanza Brunet
Coordinación editorial: Virginia Ruano
Corrección: Marisa Corgatelli
Diseño de tapa e interior: Hugo Pérez

© 2014 Elsa Drucaroff

© 2014 Editorial Marea SRL
Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Tel.: (5411) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-1307-71-5

Impreso en Argentina

Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial

ELSA DRUCAROFF

CONSPIRACIÓN CONTRA GÜEMES

Una novela de bandidos, patriotas, traidores



*Dedicado a Alejandro Horowicz,
cada día.*



PRÓLOGO

“No me hables más de ese bandido —oíamos decir a los últimos ancianos que alcanzamos de aquellos tiempos, a los 60 años de pasadas estas cosas—. ¡Dios lo haya perdonado!”

BERNARDO FRÍAS, *Historia del General Martín Güemes y de la provincia de Salta, o sea de la independencia argentina.*

Caía la tarde ese 17 de junio de 1880. El frío apretaba tanto que era difícil mantener caliente el gran salón de la casa. Sentada cerca de la chimenea, mirando fijamente las llamas, una anciana estaba sumida en el silencio. Su bisnieta, María Victoria, morena de vivaces ojos azules y largo pelo enrulado, la observaba preocupada. Todos los 17 de junio era lo mismo, una melancolía infinita ganaba a su Ñoñita y no había modo de animarla.

—Ñoñita, hace frío —dijo, y la cubrió con una manta de vicuña.

—¿Dónde están todos? —preguntó la anciana Loreto, como despertando.

—En misa. Yo me salvé por el resfrío pero, si no, me llevaban.

—¿Ya está empezando a ocurrir?

—¿A ocurrir qué?

—¿Ya están empezando a homenajearlo?

—¿A quién, Ñoñita?

La vieja sonrió con tristeza.

—A don Martín, niña... A don Martín Güemes.

—¿Al bandido? —preguntó Victoria asombrada.

—Sí, al bandido... Al bandido que ellos mismos mataron, aunque no lo admitan... ¿Ya está? ¿Ya lo homenajean? Si no es este año será el próximo, o el otro, y empezarán la farsa.

María Victoria ignoraba la respuesta, pero en cambio sabía que, si preguntaba, escucharía una de esas historias increíbles que contaba su Ñoñita. Se acomodó en un sillón al lado, frente al fuego. Eran historias increíbles, pero eran todas reales.

PARTE PRIMERA

LA VENUS DEL ALTO

“Porque en uno de los altos de la ciudad habitaba una señora jujeña; y era público en todo Salta que recibía las visitas del gobernador con una constancia por cierto intolerable para una vida de casado; y queriendo el coronel poner a buen tiempo remedio al mal, no se le ocurrió otro que fuera más eficaz que advertirle al pretendiente no consentiría en el otorgamiento de su hija mientras inmediatamente no hiciera salir de Salta a aquella Venus del alto. Pero eso de desterrar a una mujer que no había dado qué decir al gobierno, por sólo alarmas de suegro, y siendo como era, dama de calidad, era caso harto duro de afrontarse, y fue considerado por Güemes como impropio de caballero, como debilidad indigna de un soldado y como desmedro para la honra de un gobernador; por lo que rechazó en absoluto la exigencia. Ni Saravia, pues, se conformó en entregar a su hija sin aquella garantía, ni Güemes aceptó obtenerla por este medio deprimente, rompiéndose con esto definitivamente los tratos. No pasó la semana sin que merced a la sagacidad diplomática de su hermana, doña Magdalena Güemes, se compusiera el matrimonio con otra joven, doña Carmen Puch.”

BERNARDO FRÍAS, *Historia del General Martín Güemes y de la provincia de Salta, o sea de la independencia argentina.*

CAPÍTULO 1

LOS OJOS HÚMEDOS DE UNA DAMA JUJEÑA

I

No se veía casi gente decente en las calles de Jujuy ese 14 de septiembre, no iba a salir con esas gavillas de mulatos y gauchos salteños que se paseaban amenazantes, vivando al Tata Güemes y a eso que llamaban la patria, algo que todo el mundo invocaba para justificar sus desmanes. Sin embargo, María Trinidad del Portal, recientemente casada con el capitán Méndez Ibarlucía y casi enseguida sola, porque su marido había partido a continuar la guerra en las filas realistas del general Olañeta, caminaba por la calle esa mañana. Aunque también le daba un poco de miedo, disfrutaba la extraña prerrogativa de haber decidido por su cuenta salir. Iba magníficamente vestida, envuelta en su mejor mantilla, avanzando segura hacia la plaza.

La ciudad de Jujuy fingía ignorar a los invasores salteños, jugaba el difícil juego de mantener una vida normal y al mismo tiempo, en lo posible, un refugio preventivo dentro de las casas, como si el gesto altanero de no interrumpir una tertulia o, en el caso de la joven esposa, la asistencia a misa, bastara para hacer desaparecer a esa gentuza.

Era una mañana fresca, el agua de la acequia corría junto a Trinidad y en su canto ella percibía una promesa. ¿Era esa promesa o su deseo de ir a misa lo que la había hecho salir? Dejar de cumplir sus deberes cristianos sería dar el gusto al Demonio, que decían inspiraba una a una las acciones de Güemes, el tirano de Salta, alguien a quien tanto la Jujuy rebelde como la de ella, del rey Fernando, se negaban a obedecer. La joven sabía que podría haber llamado a su padre confesor para que la hiciera comulgar en el oratorio de su casa, y no obstante había salido, como si desde afuera algo la convocara. Si bien una vez terminada la ceremonia Trinidad iba a sumar su voz al pequeño coro indignado y aterrado de las otras señoras que hubieran asistido, si bien se disponía a comentar con ellas las amenazas y las ofensas de la chus-

ma invasora contra las familias jujeñas, en algún lugar que no pensaba reconocer dejaba abierta la posibilidad de que el tirano en persona fuera menos terrible. Él, por lo menos; no sus adeptos.

Esos hombres ignorantes y feroces, ¿saquearían realmente comercios y maltratarían a las mujeres tal cual prometían, si el Cabildo jujeño no reconocía a Güemes como gobernador? María Trinidad lo dudaba: el coronel Güemes podía valerse de éstos para amedrentar, pero tenía sangre noble y a lo mejor no permitía desmanes. Por parte de su madre, ella lo sabía, estaba emparentado con lo mejor de la sociedad jujeña. No podía ser tan cruel como para trasponer ciertos límites. Ella no dejaba de pensar en la escena del día anterior, cuando se había descubierto revisando el rechazo absoluto que sentía por el temible coronel.

La sensación del acontecimiento próximo volvió a invadirla. En ese mismo instante los caballos se le vinieron encima. Horrorizada, reconoció a parte de la gavilla del tirano, que había observado desde su balcón. Aparecidos de la nada, cuatro jinetes le estaban cortando el paso en una esquina. Frente a ella tenía al hombre más horrible que jamás había visto, un mulato que parecía dirigir el grupo. Rápidamente dos gauchos saltaron la acequia para que no pudiera salir corriendo. Igual, correr no tenía sentido, nunca lo haría más rápido que ellos.

—Ésta es de las buenas, muchachos. Toda una dama —dijo el mulato y se bajó de un salto.

Ella miraba aterrada, sin poder moverse, al hombre que avanzaba. En esos ojos oscuros y crueles recibió el odio en estado puro. Nunca nadie la había mirado así, el asombro y el horror la enmudecían. Frases breves se superponían en su cerebro a velocidad inaudita. En su parálisis y en su silencio acumulaba desesperadamente alternativas: ninguna. Correr no se podía. Gritar no le salía. Abrió la boca pero otra vez sólo logró hacer salir un aire que apenas vibraba, gutural; las cuerdas vocales tampoco se movían. Estaba perdida, perdida. Era la mirada de ese hombre lo que la inmovilizaba y le quitaba la voz. La odiaba. ¿Por qué la odiaba así, si no la conocía? ¿Qué le había hecho ella? ¿Ese hombre era una bestia? ¿Ella era culpable de algo tremendo y nunca lo había sabido?

Sintió que le arrancaban la mantilla de un manotazo y la agarraban del pelo. Gritó. Ahora sí pudo gritar. Dolía. Las manos del mulato le taparon la boca y no supo cómo estuvo subida a la grupa, galopando a todo trapo, escuchando sin entender bien algo que le susurraba el monstruo sobre la cinta roja y amarilla con la que se adornaba el peinado, la cinta con los colores de nuestro amado rey Fernando que él le había arrancado furioso y con la que le iba a hacer no sabía qué cosas, entre muchas otras cosas que le iban a hacer y de las que, él le aseguraba, iba a lamentar salir con vida.

—¡Alto, Panana!

La voz era imponente y los caballos frenaron de golpe con un relincho. La gavilla toda había parado en súbito silencio. Desorbitada, María Trinidad registró que un jinete nuevo se colocaba adelante. Entonces fue como si se iluminara todo: era el hombre poderoso que la había mirado fijo el día anterior.

Lo había visto el día anterior, cuando llegó: recorría la ciudad con sus tropas, erguido en su caballo; estos mismos hombres le hacían un respetuoso cortejo que lo dejaba no obstante aislado, en el centro. María Trinidad asistía al provocador desfile asomada a su balcón y contemplaba la escena con rabia, intentando dibujar su más clara mirada de desprecio. Entonces el tirano levantó la vista. La misma mirada imperiosa que ahora se clavaba en el monstruo que la había agredido.

—La soltás ya —dijo secamente el gobernador Martín Miguel de Güemes, el tirano réprobo, el de sangre noble que impediría desmanes contra la gente como ella, erguido en su caballo. Clavaba con rabia sus ojos sobre el demonio negro.

—Tata Güemes, yo pensé que usted quería que... —dijo el mulato Panana, separando de inmediato su cuerpo del cuerpo de Trinidad y disponiéndose a bajar del caballo.

—La soltás ya —repitió Güemes.

Desde que había ocurrido, Trinidad no había podido recordarlo sin estremecerse: él levantó los ojos y la miró. Instante fugaz pero eterno. A partir de entonces, la mirada no hizo otra cosa que repetirse en su cabeza: Güemes le había clavado estos mismos ojos oscuros y decididos, audaces, intencionales, perfectamente seguros de lo que quieren y eligen. Mirada de varón. ¿Por qué ella no había podido sostener el altivo desprecio con que venía contemplando el desfile de ingreso a la ciudad? ¿Por qué no podía evitar considerar desde entonces que tal vez Güemes no fuera el demonio que todos pintaban? ¿O que sí lo era, pero que a ella la tentaba, precisamente por eso, conocerlo?

El gobernador desmontó y ayudó a Trinidad a hacer lo mismo. Ella aceptó, era buena jinete pero estaba temblando y sentía que ningún músculo le respondía.

—Se me van al cuartel y no se mueven de ahí hasta que yo llegue. Imbéciles.

La gavilla dio la vuelta y se fue al trote, silenciosa. María Trinidad entendió de pronto todo lo que había estado por pasar; se derrumbó sobre el barro seco de la calle, llorando descontroladamente. Había

perdido su hermosa mantilla, tenía la cabeza descubierta, el vestido roto en el pecho y en un hombro, estaba lastimada y sucia. Sólo podía sentir vergüenza, una vergüenza tremenda y el deseo ferviente de que el gobernador de Salta desapareciera, se esfumara y la dejara irse a su casa sin que nadie la viera, el deseo de reponerse, cambiarse la ropa, limpiarse las marcas, volver a ser quien era, quien hasta hace unos minutos, antes de ver el odio en aquella cara oscura, creía que era.

¿Por qué se había quedado recóndita, inconfesablemente halagada, excitada, después de cruzar la mirada con Güemes desde el balcón? ¿Por qué había estado desde entonces a la espera de algo que no sabía en qué consistía y sin embargo (estaba deliciosamente segura) iba a tener que ocurrir? ¿Esta pesadilla era lo que tenía que ocurrir? ¿Y no era eso lo que había salido a buscar, Dios la perdonara, esta mañana? El castigo divino por mirar al monstruo Güemes había sido encontrarse con un monstruo todavía peor. Trinidad había desviado la vista un día atrás, mientras temblaba culpable, horrorizada, deslumbrada por los ojos negrísimo que, sin embargo, sus ojos no se habían permitido volver a buscar. Y hoy, cuando salió a la calle, mientras escuchaba los consejos temerosos de la vieja criada y tomaba conciencia, una vez más, de que decidir salir o no le era posible porque ya no vivía al cuidado de sus padres y porque estaba ausente su esposo, tuvo la sensación intensa, inexplicable, de que lo que había ocurrido ayer continuaría hoy, de que su destino estaba por manifestarse.

Entonces su memoria recuperó por primera vez el rostro negro que la miraba fijo y la acusaba, desencajado de odio, un segundo antes de tomarla por el pelo. Era el rostro que la seguiría durante las pesadillas de su vida, en el sueño o la vigilia. Había una pregunta ahí, lo supo todavía oscuramente, sin poder siquiera decírselo. Y se le redobló el llanto, recuperó el terror.

—Lo lamento mucho, señora. Lo lamento de verdad.

Güemes había hablado. Güemes seguía allí. No la tocaba, la miraba respetuosamente aunque ella estaba agachada en la tierra como india, sin guardar forma ninguna, sucia e indecente. Algo la cubrió: él le había tapado la cabeza y los hombros con su poncho.

—Venga, levántese, por favor —dijo inclinándose y tomándola delicadamente por los brazos.

El contacto sorpresivo volvió a aterrarla. Se movió con rechazo, temblando, Güemes se retiró.

—Levántese, por favor —repitió con voz persuasiva, sin tocarla.

María Trinidad se incorporó mirando el suelo. Con frases amables el gobernador la convenció de que subiera a su caballo.

—Quiero llevarla personalmente a su casa.

Personalmente, él a su casa, llevándola en la grupa del caballo. Que nadie la viera, por Dios y la Virgen.

Embozada en el poncho, blanca de vergüenza y muerta de miedo a ser reconocida, la joven señora del capitán Méndez Ibarlucía llegó hasta su domicilio montada en la grupa del tirano execrable, enemigo de todos, repudiado por Jujuy, por el ejército rebelde del general Rondeau, enemigo del rey Fernando y de Dios.

Pero María Trinidad lo sabía: Güemes era un caballero. Entraron al patio trasero de su casa, él desmontó, la ayudó a hacerlo. Abochornado, pidió una vez más disculpas.

—Mañana paso, si no le molesta, a averiguar cómo está.

Mañana. El día siguiente. Ya habrían visto la extraña escena, el tirano cabalgando con alguien que no obstante no podían reconocer. ¿Y mañana, qué se vería? ¿Qué diría su gente de una segunda visita de Güemes a su casa?

—Oh, no, no es necesario —musitó.

Lo miró por primera vez a los ojos. Eran ojos preocupados, ojos buenos. Los mismos que antes habían dominado a esa bestia que la odiaba, los mismos que sabían hacerse obedecer, los que había visto desde el balcón. Otra vez se estremeció, pero ahora supo que necesitaba saber, que no iba a perderse la oportunidad de saber.

—Pero si mañana quiere pasar... —se escuchó decir— lo recibiré con gusto.

¿Iba a poder volver a ser ella? ¿Ahora sólo tenía que lavarse, llorar un rato a solas, dormir, reponerse? En todo caso, lo que tuviera que ocurrir, ocurriría. Si no lo permitía, se iba a volver loca.

Los ojos de odio del mulato agresor volvieron a aparecer, un ramalazo en el cerebro. Algo como una pregunta insistía, allá en el fondo, en formularse.

II

Todo el día que siguió María Trinidad estuvo nerviosa, desde la mañana hizo preparar la casa. Quería que estuviera limpia, ordenada, perfecta; al fin de cuentas era un jefe poderoso el que había prometido pasar a visitarla. La Rosaura se puso a hornear bizcochos y Jesús, a lustrar la platería. La señora iba y venía dando indicaciones. Intentó continuar con el pañuelo en el que estaba bordando las iniciales de su marido, pero la ansiedad la desbordaba y tuvo que dejar.

Antes había venido a confesarla el padre Ambrosio. Trinidad sabía que tenía que contarle lo que había ocurrido y lo hizo sin ganas,